

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

Don Quijote



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas. » trimestre..... 2,50 » año..... 10	EDUARDO SOJO	EN PROVINCIAS. Un trimestre..... 3 pesetas. » semestre..... 6 » año..... 12

EL LEON

SONETO

Rey de la selva, espanto de las gentes,
soberano león, me causas pena:
¡cómo estás! Trasquilaron tu melena,
limáronte las garras y los dientes.
Ni oyes, ni ruges; tu valor desmientes,
cual asno revolcándote en la arena;
el palo vill, sobre tus lomos suena
y te arranca la piel... y no lo sientes.
Por camino del hombre no pisado,
huye, hambriento, ruín, flaco y medroso;
porque, si llega a verte en ese estado,
serás, para escarmiento lastimoso,
por la turba infantil apedreado
como perro famélico y sarnoso.

JOSÉ DE VELILLA.

«THE POLITICAL JESUITICAL SOLDIERLY Rábuly-Foliculation Compani-Plot»

—¿Qué algarabía es esa, Sancho amigo?
—Mi manifiesto.
—¿Te has escapado de la torre de Babel?
—Antes he entrado á trabajar de peón para alzar otra bajo las direcciones del buen Polavieja, que con prosodias y retóricas que le prestan sus amigos puso ya los cimientos muy enladrillados y argamasados al gran infundio...
—¿Te leyeron el manifiesto?
—No se hizo el tal para que la gente lo leyese... tan turbio y tupido y pesado y confuso como mi lema.
—Sancho, sé formal, no digas majaderías ni profieras insultos; nuestro periódico, aunque festivo, no ha de hacer burlas ni ha de injuriar; antes con franqueza mucha, razón clara, juicio imparcial, mesura y cortesía, deleitando á la vez que amonestando... cumplirá por la patria, la censura ó el aplauso, y aun hará advertencia y dispensará consejo, según la medida de nuestro corto entender y saber.
—Mire, señor, yo no me sé lo que vuesa merced, que sabe mucho más; puesto que vuesa merced se empeña en que hable muy en serio, diré á vuesa merced que cuando se nos presenten hombres políticos y nos digan: —Nacimos en (donde hubieren nacido), fuimos buenos estudiantes, he aquí nuestras notas; hemos ganado tanto mas cuanto... Véñse cómo, cuándo y dónde. ¡Clarito, muy claro; nada de elogios vagos ni de censuras sin fundamento! Fuimos acá ó allá, por esto y lo otro... en fin, por lo que fuere; y como nuestra historia es limpia, limpia como espejo de plata bruñida, tenemos derecho á que se nos preste atención.
Luego lo que me prometieren ha de ser dicho con menor número de pruebas, ¡concretitas, concretitas! Todo muy claro... Puede que me pique en el pellejillo del apetito tamboril, donde dan los palillos del hambre, y exclame:
Vengan presto—que ya tardan—vuestas mercedes, y por su recto deseo y justa pretensión, la mucha inocencia y la abundancia de saber rijan la nave, tomen la sartén por el mango...
¿Pero qué es esto de poner muy tiesas las palabras en

amazacotados párrafos, con la canela y azúcar de los adjetivos pomposos... y de toda esta masa no sacar ni gota de jugo de razón, ni migaja de experiencia?

¿Se es por ventura político para engatuzar con relumbrones á los tontos?

¿Quieren ganar el poder con peroratas de sacamuelas ó de mentores de titirimundi que hace parada de feria?

Muy respetables serán esos señores «polaviejados» ó «polaenvejecidos». Más marino que Neptuno el joven Gasset; más austero, sobrio y hombre de ley que Licurgo, Canalejas...; y un Cesar, un Alejandro, un Napoleón, á la vez que un santo padre, Polavieja; que todo esto dicennos que lo son ellos ó sus amigos... pero la mi capa no se halla. Quiero decir que nada en substancia dicen en el tal manifiesto.

Tenga vuesa merced paciencia y atienda:
«Soy soldado... y, claramente, en tanto había guerra, yo tenía que callar y aguantar... «pero las circunstancias son hoy muy diferentes».

«Consumada la catástrofe ¿qué entenderá el escritor por catástrofes, por más que sus escritos lo sean para el castellano, la mutilación del territorio sólo aguarda el voto de las mayorías parlamentarias.»

¡Una mutilación que aguarda! ¡Oh manes de Ayala y Donoso Cortés, grandes escritores políticos!

Pues bien; cuando la señal mutilación, que es un hecho, aguarda como una persona, viene ya el general á meterse en los negocios públicos... Después del burro muerto...

Tal como si dijera un «sanguijuelero»: mientras el enfermo estaba vivo... no he querido yo meterme por medio... pero ahora que van á enterrarlo... vengo con el frasco de las sanguijuelas.

«¿No fué oído en Cuba ni en Filipinas?»

¿Pero á quién habló el general?

Habló en secreto al Gobierno.

Este no le hizo caso, y claro, lo que se dijo el general: A mí no me hacen caso, y yo ya veo que va España á perder sus colonias, porque el Gobierno ni atiende á mis avisos ni hace caso de mis consejos. ¿Sí?

Pues me agarro á mi faja... y chitón... Cuando se haya perdido todo hablaré.

Dejemos todo ese laberinto de quisicosas en que han metido al general sus retóricos de comarca—si es que los tiene;—pero ¿qué decir, por ejemplo, de lo manifiesto en la carta, morcillón—que esto parece el pesadísimo documento epistolar dirigido á un amigo? ¿Qué decir de lo manifiesto acerca de instrucción pública?

Para muestra basta un botón.

«Hay que elevar la cultura (galicismo senil) del país (otro disparate gabacho), convirtiendo la enseñanza de bachilleres y directores en educación de hombres formados para las luchas de la vida y de ciudadanos útiles á su patria.»

Verá vuesa merced que estilo:

Se ha de convertir la enseñanza en educación... Primer tropiezo:

¿No sabe que no hay enseñanza que no sea educadora? Pero, en fin, puede afirmarse que el trabajo propiamente educador es aquel en que se procura hacer inmediatamente aplicable la enseñanza... Pero ¿y esto de educar hombres formados?... Vamos, querrá decir

hechos y derechos... ó ¡quién sabe lo que se ha querido decir!, porque si están formados... moral é intelectualmente... ¿para qué la educación?

Así en esto como en todo cuanto dice en la carta... ¡chitón! Apuntan males, pero no señalan los remedios...

Recuérdame esto un cuento:

Iba un andaluz por la calle y llevaba debajo de la capa oculto un objeto, cuando un su amigo le dijo:

—¿Qué lleva ahí, compadre?

—Por eso lo llevo tapao... replicó el interrogado.

Señores aspirantes á reformadores: claridad y sencillez. Basta de titirimundis...

Esto que tan malo está, no se remedia con decir que lo está y que precisa la curación... sino con caldo hecho y medicina en el frasco.

Así ya puede hundirse la Catedral de Toledo, que yo podré ser el arquitecto con sólo decir...

—Malo ha quedado esto; aquí hay que levantar otra catedral.

—¡Ya lo sabíamos!

—No es nueva la noticia.

—¡Te sobra razón, y aparte de muchas exageraciones y grotescas burlas, Sancho, dijiste verdad!

—Publique proyectos claros, ordenados, practicables en conformidad con nuestra manera de ser y nuestros ideales... Los estudiaremos. Porque un pueblo no se mueve porque un buen escritor haga cantos, un jovencito sueñe en grandes escuadras, un abogado tenga talento... y un general grite:

—«País, media vuelta á la derecha. ¡Marchen de frente á... Jaujal!»

LAS CORTES

No recordamos haber visto en ningún hombre de Estado la insensatez que hoy vemos en el Sr. Sagasta. Llevado del propósito de que permanezca secreto cuanto en las Cortes se diga relativo á la paz y la guerra, ha tenido la malaventurada idea de que en secreto se discutiera hasta una proposición incidental escrita por los republicanos, donde no se decía que fuesen inaceptables las cesiones de territorios hechas á los norteamericanos, sino que no se debió hacerlas sin previa autorización del Parlamento. En secreto se la ha debido discutir á pesar de las justas y calurosas protestas de los firmantes; y el resultado ha sido que se han retirado del Congreso, no sólo la minoría republicana, sino también la carlista y aun la acaudillada por Romero Robledo.

No se ha retraído aún del Senado ninguna minoría; pero sí salido voces de no poco escándalo. Allí en sesión pública se ha censurado acremente al Gobierno por su inhabilidad en conducir la guerra y á los generales que la han sostenido por la absoluta falta de victorias con que cubrir el honor de España. A tal punto ha llevado allí la censura un egregio conde, que no ha vacilado en decir y sostener que hay que arrancar de los pechos muchas cruces, y subir muchas fajas de la cintura al cuello; palabras duras y acerbas que de seguro no esperaríamos ni aun del Congreso el Sr. Sagasta.

El Sr. Sagasta, sin embargo, no parece haberse convencido aún de cuán inconducente es el camino que

DON QUIJOTE



—¡Adelante, y viva la moralidad!



—Comendador, que me pierdes!



Digo lo que el otro: palabras, palabras y palabras.



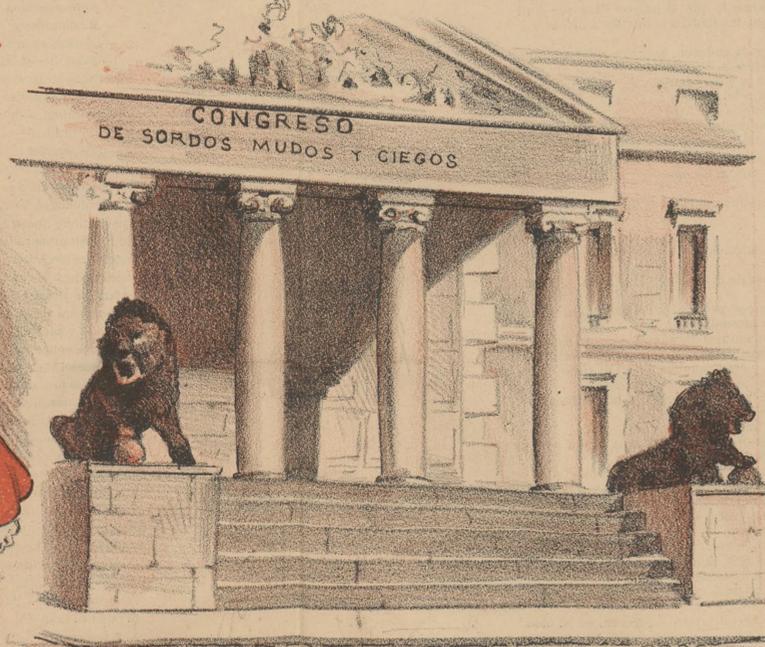
Preparándose á hacer la guerra.



¡Vaya un tío con... almenas!



Te quiero porque es mi gusto,
y en mi gusto nadie manda;
te quiero porque me sale
de las entrañas del alma.



A lo que ha quedado reducido el Parlamento.



Con el agua al cuello... y sin ahogarse.

Ayuntamiento de Madrid

sigue. Se excusa con precedentes ridículos, y olvida que en trances análogos distó de seguir su conducta el Gobierno de otras naciones. El año 1871, sin que vayamos más lejos, se halló Francia en situación más dura que la nuestra, ya que se le exigía, no la cesión de islas remotas, sino la de dos de sus provincias, á más de una formidable indemnización de guerra. Reunida una asamblea nacional después del armisticio, en sesión pública se sometió á la sabiduría de los que hubiesen de negociar con los alemanes la paz definitiva.

Verdad es que allí M. Thiers tenía una autoridad de que aquí el Sr. Sagasta no goza. Thiers había sido allí el único que se había opuesto á la guerra con Prusia, y cuando después negoció con Bismarck el armisticio, ni por lo más remoto se comprometió á cumplir exigencia alguna interin no estuviere la paz definitivamente aceptada. Aquí Sagasta en el armisticio se obligó á retirar desde luego de Cuba y Puerto Rico las tropas y entregar al enemigo la bahía y la ciudad de Manila.

Allí, después del brillante y apasionado discurso de Keller en defensa de una proposición por la que se decía que la Alsacia y la Lorena no consentían que se las cediese, ni Francia podía entregarlas ni Europa consentirlo, discurso que levantó una verdadera tempestad de aplausos, habló Thiers de tal modo á la Asamblea, que le arrancó, sin más que un voto en contra, la autorización que pedía. No dejó de recordar en tan memorable discurso que era completamente ajeno á las desventuras de su patria, ya que ocho meses antes había bogado contra la fatal corriente que había llevado la nación á la guerra.

No pudo aquí el Sr. Sagasta decir otro tanto, desconfió de sus fuerzas, y, buscando en el silencio general un escudo, después de haber amordazado la prensa, quiso amordazar las Cortes. No cabía que procediera más desdichadamente. Tan desdichadamente ha procedido en tolo este negocio, que después de haberse resistido por mucho tiempo á convocar las Cámaras, no supo prolongar la resistencia fundándose en la cláusula 5.^a del protocolo, según la cual, sólo el tratado definitivo de paz debe ser sometido al Parlamento de las dos naciones. Malo habría sido el medio; ¿es mejor el de haber querido someter las Cortes á su capricho? Lo dirá, á no tardar, el tiempo.

F. PÍ Y MARGALL.

LA PROFECÍA

Se aman Lía y Jacob, israelitas
de yo no sé qué aldea;
Lía figura entre las más bonitas
muchacha de Judea.

A Egipto él ha de ir, nueva que amarga
de entrambos la ventura;
la ausencia de Jacob será muy larga
y la vuelta insegura.

El profeta Eliezer visita al paso
su pobre lugarejo,
y van los dos á consultarle el caso
y á pedirle consejo.

—Ve tranquilo, Jacob, y no te pese—
les responde Eliezer;—
libre, Lía, seras cuando él regrese
radiante de placer.

Parte Jacob, y al transcurrir un año
vuelve al país, dichoso,
conductor y al par dueño de un rebaño
lucido y numeroso.

—Soy tu Jacob, mi bella israelita,
tu idolatrado amante;
vamos juntos á casa del Levita
á unirnos al instante.

¿Mas por qué permaneces apartada?
¡Mintió Eliezer, no hay duda!
—¡Libre soy, mi Jacob!—¿No estás casada?
—Ayer me quedé viuda.

LOS QUE VUELVEN

Bajo mis pies cruge
la arena en la playa;
y en esos cruzidos parece que vibran
besos de la patria.

Toma esta cruz, madre;
guárdala muy honda.
Donde nunca recuerde á tus ojos
que tuve mi Gólgota.

Que lo digan ellos,
si quieren decirlo;
sin el hambre, con tus sus cañones
¿dónde hubieran ido?

Siquiriyas más,
desahogad mi alma;
que no quiero al entrar en mi tierra
morirme de rabia.

G. NÚÑEZ DE PRADO.

CALABAZAS

Silvela.—Hay que dejar la Mentira y desposarse con la Verdad.

La Mentira.—¡Ingrato! ¡Pérfido! ¡Coquetón! ¡Abandonarme! ¡Dejarme plantada! ¡Después de lo que yo he sido para tí! ¡Pues hombre, tendría que ver!

La Verdad.—¡Desposarse conmigo! ¡Vaya una pretensión! ¡Miren la proporción que me ha salido al cabo de rato! Pero tú ¿qué te has figurado? ¿Por quién me has tomado á mí? ¿Te imaginas que voy á desdenar por tus lindos ojos á misdevotos, á mis adoradores de siempre, á los que por mi amor sacrificaron carrera, porvenir, ilusiones, esperanzas, juventud, dándose por bien pagados con obtener en cambio el más ligero é inocente de mis favores? ¡Vamos, hombre!

La Mentira.—¡No faltaba más! ¡Yo desdenada, olvidada, abandonada! ¡Y por tí! Mira lo que haces, todavía hay vitriolo en las droguerías. Aunque el mayor castigo que pudiera dártese sería dejarte salir con tu antojo. Ya verás como te lucía el pelo. ¡Mire usted que querer abandonar á una hembra tan fácil, tan dulce, tan complaciente como yo, por ese sér adusto é imperioso que nunca cede ni transige, especie de deidad fría y sin alma que cree hacer bastante por sus admiradores dejándose adorar por ellos!

La Verdad.—Yo necesito almas vírgenes, corazones nuevos. Las almas ya gastadas, los corazones encallecidos en el tráfico de la vida, no saben ni pueden comprender mi amor. Allá, cuando eras joven de cuerpo y alma, cuando empezabas á vivir, habría aceptado con placer tus homenajes. Ahora es tarde. Entonces no quisiste; ahora soy yo la que no quiero. Ya sabes el cantar. Vuelve, vuelve con tu amada de siempre. Ten si quiera el mérito de la fidelidad. Yo no admito las sobras de nadie. No soy plato de segunda mesa.

La Mentira.—¡Pero ven acá, ingrato de los demonios! ¿Qué habría sido de tí sin mi protección? ¿Quién te ha elevado al pináculo? ¿Quién te ha hecho lo que eres? Elimina de tu vida lo que debes á mi amparo y solicitud, ¿qué te queda? Ni ficciones constitucionales, ni mayorías falsificadas, ni partidos de apariencia, ni declaraciones falaces, ni falsa reacción, ni falsas promesas: nada. Por no tener, ni si quiera tendrías la Gaceta.

La Verdad.—¡Desposarse conmigo! Pero antes hay que conquistarme. ¿Sabes tú lo que eso cuesta? ¿Conoces el precio de mi amor? Por contemplarme un momento consume el sabio su vida en labor ruda é incesante; por entrañar uno solo de mis misterios, el estadista serio encanece analizando la sociedad y profundizando la historia; por imaginarse sólo que me posee, espira el mártir en la hoguera con la sonrisa en los labios. El desengañado me juzga fea y muere de despecho; el utopista cree vislumbrarme radiante y seductora en el porvenir y muere de ilusión. ¿Estás hecho tú de la madera de esos hombres? ¿Tienes la perseverancia del sabio, el ardor del iluminado, la abnegación del mártir? ¿Por dónde, entonces, te imaginas que puede ser fácil para tí lo que es para ellos tan difícil?

La Mentira.—Como la ves desnuda te vas ahora con ella. ¡Libertino! Pues sábet que, si está en cueros, es por pobre. Yo la he arruinado, yo; y me glorió de ello. No la he dejado un trapo con que cubrir sus carnes. Mira, en cambio, mi guardarropa. ¿Viste nunca mayor profusión de galas? ¡Qué trajes, qué alhajas, que aderezos!... ¡Como que es mi modista la ilusión y la fantasía mi joyero! El oro no será de ley, los diamantes no serán finos, las perlas serán imitadas. Pero, ¡qué efecto tan maravilloso hace todo! ¡Qué bien me sienta! ¡Qué guapísima estoy con ello!

La Verdad.—No me importunes más. Consulta tu interés. Ese desposorio con que sueñas no te conviene. Si yo entrara en tu vida pronto verías aniquilada toda su obra. No llores á mal que sea algo dura contigo. Ya sabes que se me tacha de amarga y que mis amigos me atribuyen la maternidad del desengaño.

La Mentira (llorando amargamente).—Vuelve en tí, Paco, considera lo que vas á hacer. Si no por mí, mira por nuestros hijos. ¿Qué va á ser de nuestra prole si la abandonan? ¿Dónde encontrarán otro padre político los niños góticos? ¿Qué será del neo-conservadurismo, casi recién nacido, tan tierno, tan chiquitín el pobrecillo, que todavía le doy el pecho? ¿Serías capaz de dejarnos á ellos y á mí en el desamparo?

Silvela (bajo á la Mentira).—No llores, tonta; ¿no ves que eso lo he dicho de mentirigillas?

ALFREDO CALDERÓN.

QUISICOSAS

En las ramas de los árboles
alegres cantan los pájaros,
y el conde de las Almenas
canta claro en el Senado.

El que no llora no mama,
dice un refrán castellano.
Y lloré... me hice político,
y hoy es mucho lo que mamo.

Dijo un muchacho á la puerta
de un colegio electoral:
—¡Se enseña en este colegio
el arte de prosperar!

Dijo un rico, al ver lo anémicos
que vienen muchos soldados:
—Así estarían mis hijos
de no haberles yo librado.

Hay una estatua en Logroño,
y muchos han preguntado
si la estatua es de Sagasta
ó es la de González Bravo.

VICENTE RUBIO.

EL DOLOR MUDO

En la descripción de un combate, homérica como de Víctor Hugo, recordaré siempre un detalle: entre escenas de horror y de muerte se presenciaban momentos de espantosa indiferencia; una mujer, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, amamantaba á un niño, al lado de un hombre destrozado por la metralla...

Yo creo que esta alegría nerviosa, que esta risa loca que invade la ciudad y atruena el aire, tiene mucho de esa indiferencia lúgubre, de esa anestesia moral, más terrible que todas las calmas.

¿Qué se hace aquí, ni en qué se piensa? Cuando más, sale á la corriente una hojilla raquítica, gimoteando patriotismo de guardarropía y pregonando un nuevo desastre que á nadie conmueve ya.

Ahora, á los toros, á la verbena, el mantón de la Chin-nan-ná, el organillo que desgarrá la marcha de Cádiz; chulapas, muchas chulapas; flores, todas las que se puedan; mucho color, mucha España; cielo azul, florones de seda, destellos de alamares de oro!...

¡No; pero si no estamos alegres, si no puede ser! Se ve y se niega; en el fondo de ese hervor de fiesta que se revuelca y danza, debe haber algo que luego será la mento, rugido ó rayo...

España no se ríe; la cara de España se encoje como la de un operado sobre la mesa de disección; ¡y parece risa lo que es oscura y espantosa lucha entre el estupor del cloroformo y las cruentas mordeduras del escalpelo!

TRAICIÓN

I

—¡Si yo te olvidara!...—le echó los brazos al cuello y bajando la voz—mercería... ¡no sé! los males más terribles que pueda concebir el odio; las penas del infierno... ¡todos los horrores imaginables!...

El no la dejó acabar, y la tapó la boca con una de sus manos.

—Mira, yo no sé si me engañas; yo no sé si me mientes... Pero te creo; pero tengo necesidad de creer-te... Dentro de unas horas ya no te tendré á mi lado, ya no podré ni oírte ni verte, alma mía; ¡dime tú si hay desgracia comparable á ésta! Nuestra separación será larga... ¡Júrame nuevamente, por lo que más ames, que no me olvidarás! Tengo necesidad para vivir de creer en tí... ¡Si tú supieras lo que te quiero! ¡Más que á mi madre! Te juro que me moriría si llegases á olvidarme, que me moriría...

Y ahogado por la emoción, se arrojó sollozando en los brazos de Hortensia.

—¡Pero por qué te amaré tanto!

Ella también se echó á llorar.

—¡Tuya, te juro que seré tuya!

—¡Júralo por tu madre!

—¡Por mi madre! ¡Tuya! ¡Amor mío, esposo mío,

dure lo que dure tu ausencia, prometo aguardarte!

El entonces la miró á los ojos.

—¡Creo en tí!

Y obsesos por el dolor, atontados, se dieron el último adiós.

II

Dos años después volvió á verla en casa de la duquesa de X.

Hacia tres meses nada más que Hortensia se había casado.

Uno de esos amigos de ocasión, tan útiles en ciertos casos, se ofreció á presentársela.

—Verá usted, una mujer muy amable, muy discreta...

Al verse enfrente de ella, el desgraciado sintió flaquear sus piernas y creyó que iba á caer al suelo.

Hortensia le tendió la mano alegremente.

—¡Pero si somos amigos antiguos, si nos conocemos hace bastante tiempo!

Y con perfecta tranquilidad añadió:

—Deme usted el brazo y daremos una vuelta por el salón. ¡Oh, tenemos que hablar mucho!

El misero, atontado, no sabía qué contestar. Sintió tentaciones de agarrarla por el cuello y ahogarla.

Pero Hortensia continuaba impasible, sonriéndose.

—¡Vamos! Deme usted el brazo. ¡Si viera cuántas cosas tengo que contarle!

Y luego, bajando la voz:

—Yo no olvido mis promesas, y sé que estoy en deuda contigo hace bastante tiempo.

El, estupefacto, no sabía qué responderla.

—¡Miserable!

—Pero ella, sin desconcertarse, murmuró en su oído una sola palabra:

—¡Tuya!

MIGUEL SAWA.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apdo. 18.